



El tránsito de la verdad medieval al conocimiento moderno – crónica de una fase que se desorbita

The transit of the medieval truth to the modern knowledge – Chronicle of a phase that out of orbit

O trânsito da verdade medieval para o conhecimento moderno – crônica de uma fase fora de órbita

Carlos ENRIQUE BERBEGLIA¹

Resumen La Edad Media, en sus extensos siglos de existencia, resume un tiempo polisémico. Se trata de una época que transita entre la precedente, a la cual conoce y de la que extrae conocimientos y experiencias que revaloriza y la posterior, que ignora como tiempo humano, pero sabe a nivel suprahumano, saber cifrado en un fin de los tiempos que consideran inminente, aunque esa inminencia demore siglos en aparecer. Polisémico porque, no obstante las apariencias, y mucha interpretación con sesgos ideológicos que la presumen, una era monolítica dominada por una sola manera de pensar y actuar en consecuencia, guarda y expone literaturas expresadas en lenguas que, más tarde, se manifestarán en su total riqueza cuando suceda el albor de las nacionalidades, filosofías que, aunque influenciadas por su raíz teológica y grecolatina, se constituyen en pródromos del pensar futuro, cambios tecnológicos y arquitectónicos que perduran indelebles. Se trató de una época poseedora de una conciencia de sí misma extendida, a diferencia de las posteriores que la reelaboran cada vez más vertiginosamente y, cada tanto, la relativizan. Se creyó poseedora de una verdad absoluta, en lo cual sí difiere de las posteriores, salvo en los medios que instrumentara para defenderla, habida cuenta que, dichos “tiempos posteriores”, aunque la renieguen, no suelen resignarse a la fragilidad de los conocimientos que obtiene y, cuantas veces se lo permiten a sí mismos, recurren a métodos, también inquisitoriales, para defenderlos. De allí el subtítulo del ensayo, que alude a la desorbitación con la que finaliza esa época, devaluada o revalorizada de acuerdo con el ánimo espiritual de cuantas la vinieran sucediendo, lo cual equivale a decir que, cada una a su manera, la reinterpreta y vive, destino de todo lo humano que, desde “nuestra óptica”, los medievales buscaron superar.

Abstract The Middle Ages, in their lengthy centuries of existence, sum up a polysemous era. It is an epoch that bridges the gap between a preceding time, which it knows and

¹ Dr. en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid. Profesor titular (jubilado) del CBC de la UBA en *Antropología*. Actualmente dicta seminarios de *Epistemología* en un Instituto dependiente de la Pcia. de Buenos Aires. Es poeta. E-mail: ceberbeglia@gmail.com.



Susana BEATRIZ VIOLANTE, Ricardo da COSTA (orgs.). *Mirabilia 28 (2019/1)*

The Medieval Aesthetics: Image and Philosophy

La Estética Medieval: Imágen y Filosofía

A Estética Medieval: Imagem e Filosofia

Jan-Jun 2019/ISSN 1676-5818

from which it extracts enhanced knowledge and experience, and a succeeding time, which it ignores as a human period but knows at a suprahuman level, a knowledge coded as the end of times, which they consider imminent, although that imminence may take centuries to come true. Polysemous because, in spite of appearances, and much interpretation with an ideological bias that considers it a monolithic era ruled by just one way of thinking and acting in consequence, it treasures and displays literatures expressed in languages that, later on, will come to light in their full richness with the dawn of nationalities, philosophies that, though influenced by their theological and Greco-Latin root, become prodromes of future thought, technological and architectonic changes that will last indelibly. It was an age that possessed extended self-awareness, in contrast with the following ones, which reprocess it at a more and more accelerated pace and occasionally downplay its importance. It believed it was the owner of absolute truth; in this respect it does differ from subsequent times, except for the means it implemented to defend it, given that those “subsequent times”, in spite of disowning it, do not usually resign themselves to the fragility of the knowledge it obtains and resort to inquisitorial methods to defend it. The subtitle of this essay refers to the exorbitance that characterized the end of this era, depreciated or appreciated depending on the spirit of those times succeeding it, which means that each period reinterprets it, the destiny of everything human, which, from “our perspective”, medieval people sought to overcome.

Palabras-clave: Límite – Verdad – Creencia – Autoridad – Eficacia – Necesidad – Orden – Precisión.

Keywords: Limit – True – Belief – Authority – Effectiveness – Need – Order – Precision.

ENVIADO: 19.04.2019

ACEPTADO: 15.05.2019

Ni los habitantes de la Edad Media ni los de aquellas otras etapas (históricas, y menos aún, las previas a las civilizaciones que inventaran los distintos sistemas escriturarios), parecen haber tenido conciencia de que se encontraban atravesando un período que iría a sufrir cambios, paulatinos o bruscos, en el futuro, debidos a ellos mismos, como los producidos por la tecnología derivada de la Revolución Industrial, preveían un decurso humano invariable al que sólo podrían alterar trastornos debidos a un giro ontológico absoluto, y no causado por la misma especie, sino por las interferencias de una deidad trascendental que modificaría, de cabo a rabo, lo vivido como habitual desde la creación originaria y que continuaba su rumbo temporal sin modificación alguna.

Si bien en la extensa era medieval se produjeron cambios de envergadura que, al menos a sus estudiosos posteriores, permitieran la subdivisión en Alta y Baja Edad Media (v.g. arquitectónicos, como el que incidiera en el diseño de las catedrales, al pasar del arco de medio punto, sostén del macizo Románico, al Gótico, y así permitir la transformación de los templos en recintos cada vez más luminosos y enhiestas sus cúpulas y techumbres, o el nuevo tipo de arado de varias secciones, el cual permitía una mayor hendedura de la tierra, acompañado del arnés que sujetaba el pecho del caballo, trasladando allí sus esfuerzos para la tracción), sumados al cambio climático, esta vez *exclusivamente* natural, que diera lugar al paulatino reemplazo de los rigores invernales, propios de la Alta Edad Media, a un clima más benigno y adecuado al cultivo, la tala de los bosques y la emergencia de las ciudades... estos cambios, se fueron visibilizando al atravesar las generaciones y los siglos², de ninguna manera parecieron haber impactado en el ánimo colectivo hasta el extremo de llevarlo a urdir futuros muy distintos al presente que experimentaban.³

Dado, por ende, el único límite temporal establecido por un Apocalipsis debido pura y exclusivamente a la voluntad divina, el tiempo histórico, no obstante los cambios tecnológicos nombrados, sumados a las vicisitudes político-económicas como las Cruzadas o las luchas intestinas entre los poderes monárquicos, papales y la nobleza, a sus alianzas y rápidos pasajes de dominios territoriales, el *modus vivendi* habitual del conjunto, urbano, campesino, de feriantes, nobles o artesanos, no parecía encontrarse

² Tengamos presente una diferencia psicológica decisiva entre la concepción, percepción y ejercicio del tiempo propia de los medievales que la distancia substancialmente de la nuestra: cuando se colocaban los cimientos de las catedrales, a los artesanos ejecutantes de la obra, al clero o la población corriente que ocuparía el espacio consagrado, no les apuraba la construcción para verla finalizada, sabían que, su definitiva erección, acontecería muchísimos años, incluso siglos, después, hecho que no les impedía volcarse con entusiasmo al moroso ensamblado de las partes que la constituirían, algo *diametralmente* opuesto de la visión y práctica del tiempo actuales, expuesto en una necesidad apreciada como de *apurarlo*, para dar cuenta de los proyectos encarados bajo su égida, fenómeno que se viniera acentuando, sobre todo en las sociedades industrializadas, a partir de mediados del siglo precedente, un fenómeno no únicamente propio de las ciudades del Tercer Mundo, donde el alza de barriadas nuevas, las vuelve irreconocibles, debido a la presencia del crecimiento poblacional que, si bien afectara, fundamentalmente, a la Baja Edad Media, nunca llegó a los extremos actuales, donde lo exponencial sobresale en todos los órdenes, no por antonomasia simplemente en algunos.

³ Es más, un testigo fundamental del cambio histórico, debido a la caída de Roma en poder de los bárbaros, San Agustín, a lo largo de su obra cumbre, la *Civitas Dei*, no vislumbra un futuro distinto, en lo que al comportamiento humano y vínculo con el entorno respecta, al actual por el que transcurre su propia vida y obra, salvo el que vaya a ocurrir una vez instalado el reino de Dios sobre la Tierra.



Susana BEATRIZ VIOLANTE, Ricardo da COSTA (orgs.). *Mirabilia 28 (2019/1)*

The Medieval Aesthetics: Image and Philosophy

La Estética Medieval: Imágen y Filosofía

A Estética Medieval: Imagem e Filosofia

Jan-Jun 2019/ISSN 1676-5818

amenazado por mutaciones que los alteraran hasta el límite de volverlos irreconocibles luego de un transcurso variable entre unas pocas docenas de años.

En resumidas cuentas, se trataba de un mundo uniforme y poseso de una lentitud escasamente proclive a las transformaciones, las cuales, de acontecer, lo hacían en intervalos distantes y ateniéndose a fenómenos históricos que poco, o nada, modificaban la vida media de los habitantes, sometidos a las prepotencias de los fuertes, las enfermedades que los abatían, la generalidad de las veces, en edades tempranas, la ignorancia y la credulidad asociadas, como un común denominador, casi exclusivo, de las mentes expectantes de las seguridades ofertadas por las sapientes palabras clericales, las festividades colectivas asociadas a determinantes religiosos, y, por sobre todo, el ritmo de los trabajos campesinos de los que dependían los cíclicos períodos de bonanzas o hambrunas a los que se encontraban habituados.

Enfrentamos un mundo no requerido de la defensa de las prerrogativas que lo estructuran por amenaza de factores externos, cuanto lo desmejora o sostiene proviene de sí mismo, de las idas y vueltas de los caballeros feudales que juegan en los torneos o permutan de amo como de montura, las ordalías que someten a los acusados dando prueba de la vigilancia celestial y que, a la vez, facultan la seguridad de la justicia reinante no obstante los atropellos que sufren los campesinos o burgueses incipientes; el horizonte de este mundo no se extiende más allá de las fronteras determinadas por los mares o las cordilleras circundantes, cuanto ocurre proviene de las puertas para adentro, circunstancialmente de afuera, como esas sedas exquisitas orilladas de relatos inverosímiles que traen los viajeros como Marco Polo u Oderico de Pordenone, tan circunstanciales en sus *novedades* como sus correrías, aunque, a la vez, tan temidas como las monstruosas Escilas y Caribdis, que aplastaban las embarcaciones en los confines oceánicos para quienes se atrevieran a surcarlos más allá de lo preestablecido o los prodigios que se dibujaban en las fantásticas cartografías para las lindes terrestres estimadas infranqueables.

El mundo extramuros, a no dudarlo existe, es inmediato, como el de Medio Oriente que obliga a los Cruzados a frecuentarlo para la reconquista de Jerusalén, o se extiende allende esos desiertos, como los demostraran los aventureros antedichos, pero no interfiere (salvo cuando esta etapa tantea su final con la caída de Constantinopla en manos del Imperio Otomano), e, inclusive se amplía paulatinamente, durante la reconquista de España y la expulsión de los moros; pero, a diferencia de aquel, parcialmente desconocido y alevoso, el del interior y propio se encuentra *globalizado*, la religión católica, a pesar de los continuos desfajases entre los monarcas y el papado, impera a lo ancho y largo de todo el territorio, una lengua común, el latín, aún sin el

favor de los regionalismos que ella misma origina, permite la comunicación de sus clases cultivadas, una serie de principios filosóficos dependientes de la teología, emula a sus practicantes a investigarla, suman una serie de razones para fortalecer el sentimiento de seguridad metafísica que la caracteriza⁴ y a cauterizar cualquier injerencia que lo roce, esto es, una perturbación capaz de sacudirlo.

El mundo medieval resume una seguridad metafísica incluso ignorada por la heredada precedencia greco-romana donde abreva, las elucubraciones filosóficas se encuentran garantizadas por la certeza que dimana de la fe, si hay, precisamente, una falacia no reconocida como tal es la del *magíster dixit*, algo que no debe entenderse, empero, como un defecto sino, mas bien, como un atributo recibido por el alma directamente de Dios al permitirle una confianza que la impulsa a avanzar en las disquisiciones, precisamente metafísicas, y arribar a resultados ponderables como, por ejemplo, el de la transubstanciación, y otros beneficios cognitivos, que le aportan, al humano mortal imbuido por la fe, *una alegría inmensa de vivir, al ubicarlo ya a salvo en la propia eternidad durante el pasaje de sus días sufridos en la tierra.*

En consecuencia, los caminos posibles a emprender, para el hombre medieval, en su búsqueda de la verdad convergen en uno solo, el que no ofrece ningún tipo de duda en ser el acertado, el sendero conductor a la verdad en sí misma, nunca el que tiene con una aproximación provisoria, a lo sumo, quien se entregue a la meditación, aceptará la transitoriedad de sus esbozos presente en los ejercicios lógicos, de los cuales ya se han descartado los razonamientos incorrectos; *la verdad amanece en el horizonte y anochece con él, y también ilumina durante las peores afrentas de los días tormentosos*, la equivocación, si acontece, es rotunda, no engaña a medias tintas, se encuentra jactanciosa en el camino errado, tan absoluto como el verdadero, de allí que, sus electores no enfrenten una simple reprimenda si lo aceptan, pues, bien por uno u otro, *saben*, en su decisión, a qué atenerse.

Esta visión y práctica de la existencia, mundana y trascendente, encuentra un apoyo formidable para el pensamiento en la con-cordancia entre la visión del Universo y su conocimiento geográfico concreto, aunque supera los límites de Europa, y, por lo tanto, sus tierras son difusas, sin embargo, en su otredad, es conocido, los pobladores

⁴ Destaquemos que, esta visión de los tiempos medievales se debe, por partes iguales, a cuanto la tradición histórica fuera construyendo de ellos, sumado a la compulsión de los testimonios, filosóficos, teológicos y literarios legados y a las sucesivas reinterpretaciones que sufrieran, a lo cual debe sumársele la peculiar visión que despierta, en cada intelectual, la recorrida de este período; *ilusionarnos con el logro de una objetividad prescindente de estos condicionantes presupondría una actitud ilusa, y lejana de nuestra moralidad intelectual.*

son los herejes musulmanes que se extienden en los desiertos y montañas ubicuas más allá del Santo Sepulcro. Y aquí la con-tinuidad del acuerdo entre el camino metafísico errado y el terreno poseedor de sus mismos defectos, una mayor claridad es imposible, la con-vergencia proclama la unicidad del pensamiento correcto y preciso con el mundo *objetivo* que circunscribe al hombre medieval, dentro y fuera de sus propios límites.

Ese mundo exterior no es precisamente el infernal, el Infierno es tan absoluto como el Paraíso; los equívocos, en la Tierra, las maldades, conducen sin ninguna duda a él, las buenas acciones y los pensamientos correctos colocan, opuestamente, a los hombres en las puertas paradisíacas, por lo tanto, a este sujeto le cabe diferenciar el pavimento que consolida a los dos y por los que debe optar en cada momento y acción de la existencia. Por eso, de la misma manera que las vicisitudes temporales se hallan subsumidas en la eternidad, trasladadas a las dichas paradisíacas o las opuestas torturas infernales, obligan a un discernimiento preciso que evite cualquier margen de error y anuncie la condena, ya en la Tierra, de la permanencia con las huestes demoníacas o anticipe la felicidad anhelada.

Ninguno de estos emplazamientos es ajeno, acaso, sí, *impropio*, como ejemplifica el situado donde imperan los herejes, pero no el trascendente, vislumbrado como inmediato, en la muerte individual, y como cierre de la temporalidad histórica total cuando anuncien su finalización los ángeles apocalípticos. Sumados al de las estrellas asentadas en el firmamento, el Sol, los planetas y la Luna que tienen como eje la Tierra (cuyo interior aloja el dominio del Mal), conforman el Universo tal como ha sido creado por Dios, dividido, de ser posible esta operación, entre el antes de la Creación y el después de la Caída, esto es, el actual, efectivamente *provisorio*, en vista a la tercera emergencia, la promesa de su cierre catastrófico e inmediata y eterna Salvación.

La eternidad divina *siempre* (valga la redundancia), impone su Voluntad en este Universo, donde habita la creatura, que por momentos lo desobedece, aunque no desconoce; nunca hubieran dado, siquiera a fantasear, aquellos hombres, el giro que habría de acontecer, en tiempos futuros *inimaginables* para su estructura metafísica, una conceptualización al estilo de: antes el Universo (igualmente “*siempre*”, al menos hasta la postulación de la teoría del Big Bang), en su cobijo la aparición de la creatura humana, y, en sus distintas culturas, la multiplicación de Dios a imagen de sus diversas posibilidades, también *imaginativas*.

La intromisión paulatina del mundo impropio, que, sin embargo, la Europa medieval alojaba allende sus fronteras conocidas, a partir de 1492, la efectiva comprobación de

la redondez terrestre y el consecuente desmoronarse de los prodigios que amenazaban sus extremos, ahora desaparecidos, los inmediatos descubrimientos de otredades (físicas y espirituales) no alojadas entre las admitidas, cautelosamente, por el entendimiento coetáneo, supusieron el reemplazo de un entorno, colmado de peligros asequibles, por el de un tipo de hostilidad *muchísimo más* peligroso que esas desconocidas previamente, y, de alguna manera, circunscriptas, hasta entonces, las que irrumpen desde otro más allá distinto y, ahora sí, *absolutamente ignoradas*, que provocan un giro en la visión del Universo, que se resiste a cambiar, físico en sus comienzos, pero que experimenta un traslado casi inmediato a los restantes flancos, metafísicos y religiosos, que facultan el comienzo de los preparativos para defender una visión conservadora, donde encontraban, tanto el sentido de la vida cuanto la protección a esa organización mundana.

Presenciamos el comienzo de una crisis, en sus comienzos, puramente gnoseológico, acontecida en un medio intelectual donde el acceso a la verdad no permanece vedado, porque si bien el conocimiento filosófico no es definitivo, el trasfondo teológico y el histórico tradicional le garantiza la corrección de sus razonamientos, la crisis, precisamente, tiene lugar en que, los conocimientos ya no abren a la verdad, por un lado, y al error, por el opuesto, sino a lo que comienza a manifestarse como una multiplicación de tallos que supera las bifurcaciones elementales anteriores, un enramado demasiado exuberante que resiste ser aprehendido con la misma rapidez que las escasas ramas anteriores.

La metáfora reemplaza las ejemplificaciones y permite comprender la envergadura radical de la crisis, que da comienzo a los reemplazos de las cosas sabidas, y de la seguridad que se desprende del trato con las mismas, sin el temor a sospechas desagradables que surjan al manipularlas, por las nuevas que aparecen sin ofrecer datos precisos de lo que contienen, capaces, por lo tanto, ya no solamente de hacer oídos sordos a los requerimientos de quienes buscan desarmarlas para inteligirlas, sino de rebelarse contra sus primitivos escalpelos y permanecer incólumes a esas manipulaciones intelectivas desfasadas.

Un mundo que, hasta ayer no más *sabía*, enfrenta la transformación en otro, aunque en su misma entraña, que inicia el lento proceso de un nuevo tipo de conocimiento, ya no el que abre a la verdad, sino a las incógnitas de lo novedoso, a una comprensión distinta de la inmensidad que lo rodea, donde la ignorancia acontece ilimitada. Por eso mismo, aunque así expresado parezca un acertijo contradictorio, no es el

conocimiento el que cede su lugar a la ignorancia⁵, sino su auto-transformación en un tipo de conocimiento nuevo y distinto, el del saber de un panorama que, reemplaza horizonte anterior, inmediato y seguro, reemplazándolo por el de la multiplicidad que encarna.

Una afección, en este preciso caso, menos gnoseológica que psicológica, comienza a instalarse en la mente colectiva aquella a la que la verdad seducía y, prácticamente, obligaba a su saber, y es la duda, fruto del conocimiento de lo desconocido, de la presencia de lo innominado *que también seduce*, aunque de otra manera, y, acaso, más avasallante, porque no presenta los mismos atisbos de claridad pre-conceptual que la verdad absoluta, en esa seducción radica entonces su peligro, de allí la necesidad de enfrentarla, en los seducidos por la falsedad de sus brillos cuanto en sus propias fuentes engañosas, para salvaguarda de la pía y auténtica verdad absoluta que, ahora sin ningún tipo de duda, aparece ultrajada, ella, luciente y asentada en su propia *realidad*, nada menos que por la *posibilidad* (o, lo que es peor, *múltiples posibilidades*), diseñada (no aceptan afirmar que *descubierta*) por miembros comprendidos en el mismo perímetro, geográfico, político, filosófico y religioso, del saber tradicional, de ninguna manera por extranjería alguna.⁶

Es en este momento de inflexión donde, las “ventajas” psico-metafísicas del pensamiento guiado por autoridades precisas e indiscutidas, se reconvierten en las presiones que ejercen, los proclamados “entendidos”, sobre quienes se atreven a criticar las bases donde asientan los límites de su seguridad; entra a jugar la prepotencia del saber que se conoce a sí mismo contra el saber que aspira a disipar sus límites, porque, este nuevo tipo de saber, se ha dado cuenta que, siguiendo esas prerrogativas anteriores, el conocimiento se agota irremediabilmente, de allí que, los

⁵ Porque nunca la hubo en la Edad Media, sino otro tipo de saber, algo *ligeramente* distinto al desconocimiento total implicado en la ignorancia.

⁶ Como sí se diera el caso en otras instancias históricas, y no simplemente las occidentales, el problema mayor de la dirigencia intelectual de cualquier sociedad establecida redundaba, siempre, en el mismo fenómeno, saberse poseedora de “la” verdad (nunca de un “cierto tipo” de verdad) y tener que soportar las voces críticas que nieguen la absolutez reinante donde se desenvuelven. Los gobiernos autoritarios, las dictaduras teológicas al estilo de las fundamentalistas, las ideologías de cualquier índole que basan sus principios de reflexión y acción en un corpus doctrinario inapelable, comunizan, todas, en fomentar el mismo riesgo para el pensamiento autónomo, impedir su manifestación, por ende, coartar su desarrollo. La historia de las ideas filosóficas tampoco se encuentra a salvo de esta calamitosa peculiaridad constitutiva humana, la presencia de las escuelas y el respeto desmedido a los “maestros” (que no suelen diferir de los garúes), la cita escrupulosa de sus frases y la imitación hasta de sus gestos muestran, no precisamente, el lado más favorecido del mundo intelectual que blasona de una autenticidad, implícita, de la que carece.



tentáculos tendidos por los defensores de aquella sabiduría ancestral, extremen sus alcances, llegando hasta los mínimos resquicios de la vida privada para custodiarla, guiándola bajo el alero del pensamiento correcto y sano, tildando de apóstatas a cuantos atenten, con sus hesitaciones, contra el saber preestablecido.

Así comienza la finalización de la Edad Media, no en una fecha repentina como el año coincidente del descubrimiento de America con la expulsión morisca de la península hispana, porque ella se extiende hasta finales del siglo XVI por obra y gracia del Santo Oficio, una organización eclesiástica esmerada en la conservación del saber absoluto y encargada, por lo tanto, de combatir cuanta ideas presentaran un ligero tamiz diferente a los consagrados por la tradición milenaria que ella representaba en su prístina esencialidad.

Especialmente las relativas al Cosmos, esto es al *Orden* preestablecido por la interpretación literal de los textos consagrados, teológicos y filosóficos, que determinaban el vínculo entre el ser humano como *microcosmos* y el mundo exterior *macrocósmico*, un Universo conocido y comprensible donde el firmamento se encontraba volcado a la observación de las labores terrestres, pues, si bien ciertamente todavía se hallaban relictos de las mitologías paganas en la nominación de las constelaciones, el espacio, ganado por la nueva interpretación eclesiástica, se consolidaba entre distancias, si bien inconmensurables, intuitas como finitas, comprendidas por los límites precisos del cielo, morada de la Divinidad, los ángeles y los bienaventurados, quienes, en su conjunto, recorrían un espacio *espacialmente finito pero temporalmente eterno*, una característica que no revelaba contradicción alguna.

La pérdida de los límites precisos de la Tierra y su obligado ensanchamiento es una conmoción rápidamente asumida, no queda más remedio que admitirla, los datos son empíricamente incontrovertibles, además aporta beneficios colectivos al dar comienzo a la empresa colonizadora y colmar a Europa de bienes que la enriquecen, empero, con el Universo la situación es muy distinta, ¿se puede hacer caso, así porque sí, a las derivaciones físico-matemáticas, que modifican su estructura, efectuadas por un individuo dedicado a observar el firmamento con un tubo donde los astros figuran agrandados y el sol pierde su textura uniforme y aparece manchado, las Pléyades superan, holgadamente, el número de siete, la Luna tiene cráteres que afean su lisura y otras desconsideraciones por el estilo?

Adviene entonces, obedeciendo a una regla psicológica e histórica al frecuentar, los tiempos y culturas, los andurriales de la decadencia, la respuesta violenta y la utilización forzada de los argumentos que intentan mantener un orden que colapsa, la

Inquisición, justificando sus metodologías brutales porque *sabe*, al ser la depositaria de cuanto conocimiento mantuvo la solidez del suelo sobre el que asientan los hombres, sobre todo aquellos en quienes coinciden el bien y la sabiduría, declara, a la quincalla que luce fuera de ella, lisa y llana *ignorancia*, y, como bien sabían los antiguos, ignorancia y maldad van unidos, por ende, combatiendo a la primera, se libera el alma de la ominosa acción complementaria.

Suma de motivos por los cuales mayor ignorancia y maldad que en Galileo la Inquisición observara previamente en Giordano Bruno, un dominico que, exagerando las diferencias entre el Universo aristotélico-ptolemaico oficial, cierto y seguro, postula uno nuevo, *infinito* donde pueda bogar libremente sin temor a tropezar con esas esferas que *antes* sostenían a los planetas, *sin centro alguno que lo jerarquice*, donde esos mismos astros sostengan otras tantas formas *análogas* de vida; a la eternidad del tiempo que acoge a los bienaventurados procede a sumar la del espacio, pero ya no uniforme, sino súper-poblado por otro tipo ocasional de criaturas que opacan a los monstruos, que, también *antes*, controlaban los límites terrestres.

Un Universo *desorbitado* da en reemplazar el Cosmos habitual que los contenía entre sus límites precisos, un Cosmos que se *desorbita* al multiplicar las posibilidades de sus contingencias, en resumidas cuentas, un Cosmos que convierte en antónimo su significado y se *resignifica en desorden*.⁷

Es el precio abonado al permitir el ingreso de los conocimientos nuevos, lejanos de la única verdad, a la que multiplican, y, por lo tanto, al confrontarlas entre sí, irremediablemente anulan, de allí la necesidad de defenderla, no ocurra el caso que alguno de esos conocimientos nuevos ocupe su previo y único altar logrando reemplazarla.

⁷ No un *mundo al revés*, únicamente posible en una visión plana del mundo, en el Universo infinito la totalidad de las coordenadas convencionales desaparecen absorbidas por formas discrepantes.